

LITURGIA DE LOS FIELES

Primeras oraciones por los fieles

El diácono inicia una nueva letanía, mientras el Sacerdote reza en secreto por los fieles.

La Gran Entrada

LAS PUERTAS REALES se abren. El Celebrante se ve orando con las manos elevadas. El Diácono incensa el Templo para preparar el camino al Rey de Reyes y por la abundancia del incienso que sube como nube de dulce aroma, por el cual son presentados los Santos Dones, recuerda a todos los fieles que deben dirigir sus oraciones, como incienso al Señor. El coro representando a todos los presentes, inicia el “Himno de los Querubines,” recordándonos que debemos ser puros como ellos para recibir al Señor.

Concluida la primera parte del himno el coro guarda silencio por un momento, y semejando a los Poderes Celestiales en la Puerta Norte aparece la solemne procesión llamada, la Gran Entrada.

El Diácono lleva la Sagrada Patena y el Sacerdote el Santo Cáliz. Ambos van precedidos por los cerofarios. Si concelebran varios Sacerdotes, también son llevados en la procesión: La Santa Cruz, la Cucharita Santa para dar la Comunión, la Santa Lanza e incluso la Esponja que representa aquella que fue empapada en hiel y vinagre, con la cual los hombres dieron de beber a su Creador.

El Rey de Reyes es llevado bajo la apariencia de un Cordero puesto en la Patena como si fuera sobre un escudo, rodeado por los instrumentos de Su Pasión terrestre y en forma invisible, por las legiones Celestiales. A la vista del Gran Rey todos inclinan la cabeza y oran con las palabras del buen ladrón: “Acuérdate de mí, Señor, en Tu Reino.”

La procesión se detiene en medio del templo frente a los Iconos. La Iglesia consagra este momento especial para recordar delante el Señor a todos los Cristianos, empezando con aquellos cuyas obligaciones son más difíciles y sagradas; pues de dichos cumplimientos depende el bienestar de todos y la salvación de sus almas. Y termina con las palabras: “A Vosotros, los Cristianos Ortodoxos, que el Señor os recuerde

en Su Reino, ahora y siempre y por todos los siglos de los siglos.” El coro responde: “Amén.” Y concluye el cántico: “Escoltado por las legiones Angelicales, de modo invisible, Aleluya.”

El Himno anuncia y acompaña al peregrinaje místico del Rey de Reyes y Señor de Señores, yendo a Su Pasión voluntariamente para la salvación del mundo. Cristo, el Soberano del Universo, invisiblemente presente sube como Víctima al Celestial Altar a ofrecerse El mismo por la vida del mundo.

El Clero entra al Santuario por las Puertas Reales. El Sacerdote coloca el Cáliz sobre el Altar, donde está extendido el Antimisión Antimension. Enseguida, toma la Santa Patena de la cabeza del Diácono (el cual está de rodillas) como si fuera el Cuerpo de Cristo bajado de la Cruz, y lo deposita sobre el Antimension que representa una mortaja; rezando la siguiente oración: “El piadoso José, descendió el Inmaculado Cuerpo de la Cruz y lo envolvió en una Sábana con aromas y especias, y con ritos funerales lo depositó en un Sepulcro nuevo.” Recordando la Omnipresencia de Aquél que ahora yace simbólicamente ante él en el Sepulcro, dice: “En el Sepulcro con el Cuerpo, en los infiernos espiritualmente, como Dios, y en el Paraíso con el ladrón; mientras estabas, Oh Cristo, con el Padre y el Espíritu Santo en el Trono, llenando todas las cosas, siendo indescriptible.” Y recordando la Gloria que llenó el Sepulcro, dice:

“Vivificador, más hermoso que el Paraíso y verdaderamente más esplendoroso que cualquier cámara real es Tu Sepulcro ¡Oh Señor!, la Fuente de nuestra Resurrección.”

Quita el Velo de la Patena y el Cáliz y cubre a ambos con el Velo que quita de la espalda del Diácono, que en este momento representa los lienzos con que fue amortajado el Santísimo Cuerpo repitiendo “El piadoso José...” Y toma el incensario del Diácono e incensa los Santos Dones.

La Puerta Real se ha cerrado, que simboliza la Piedra colocada a la entrada del Sepulcro. Se corre la Cortina, que recuerda los Centinelas vigilando la Tumba.

Preparándose para el Sacrificio, el Sacerdote dice las palabras del Profeta David (del salmo 50).

El Sacerdote ora por su purificación para el sacrificio que se aproxima.

El Diácono sale por la puerta Norte a exhortar a todos los presentes a orar por los Santos Dones que se han ofrecido.

Al terminar dirige su mirada hacia la imagen de la Santísima Virgen y los Santos, diciendo: “Conmemorando nuestra

Santísima, Purísima, Bendita y Gloriosa Señora, Madre de Dios y siempre Virgen María y a todos los Santos encomendemos todos y cada uno de nosotros mutuamente unos a otros y cada instante de nuestra vida a Jesucristo nuestro Dios.” Y con el deseo sincero de entregarse a Cristo Nuestro Señor como la Madre de Dios y los Santos, todos exclaman con el Coro: “A Ti Señor.”

El Sacerdote que ha orado en secreto concluye apelando a la misericordia del Señor, y alabando la Santísima Trinidad.

El Sacerdote se prepara a recordar la Cena Sacramental.

Desde el Santuario envía a los feligreses el saludo del Salvador mismo: “la paz sea con vosotros.” El coro responde: “Y con vuestro espíritu.”

Beso de Paz

DESDE SU ACOSTUMBRADO lugar, el Diácono, como en tiempo de los primeros cristianos, exhorta a todos al amor mutuo diciendo: “Amémonos unos a otros para que confesemos en unidad de espíritu... El coro responde: “Al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, Trinidad Unisubstancial e Indivisible. Porque sin amarnos unos a otros, no podemos amar a Aquel que solo es el Amor perfecto y completo. Tres veces el Sacerdote se inclina repitiendo en secreto “Te amaré, Oh Señor, mi fortaleza, el Señor es mi roca y mi defensa.” Y besa la Santa Patena y el Santo Cáliz y la Santa Mesa; y cuantos Sacerdotes celebran, hacen lo mismo y se dan el beso de Paz. El Sacerdote mayor dice: “Cristo está entre nosotros.” El otro responde: “Está y estará.”

Y cada uno presente ahora recuerda no solo a los que están cerca de su corazón, sino también a los ausentes; no sólo a sus amigos, sino también a sus enemigos, apresurándose a reconciliarse con los que sentía odio; los abraza en pensamiento diciendo interiormente: “Cristo está entre nosotros” y respondiendo en sus nombres: “Está y estará.” Porque sin esto, estará muerto a todos los actos sagrados, según las palabras de Cristo mismo: “Deja Tu ofrenda en el Altar y ve, reconcíliate con tu hermano, y después ven y ofrece tu ofrenda.” Y luego las palabras del Apóstol de Cristo: “Si alguno dice que ama a Dios y odia a su hermano, es un mentiroso. Porque el que no ama a su hermano que ha visto, ¿cómo podrá amar a Dios que no ha visto?

Credo

FRENTE A LAS PUERTAS REALES, teniendo el Oración Orarion en su mano, el Diácono se dirige a los feligreses diciendo: “Las Puertas, las puertas” (En tiempos pasados estas palabras estaban dirigidas a los porteros, que cuidaban las puertas de la entrada para que ninguno que no tuviese

derecho de estar allí quedara dentro del Templo durante la Liturgia de los Fieles. En el presente, se dirige a los fieles, para que las puertas de sus corazones que, según la Iglesia pertenecen al amor, en el Santuario de su alma, ningún espíritu de enemistad pueda entrar, sino que sus labios y sus oídos estén abiertos a la recitación del símbolo de la fe). En ese momento las cortinas se corren, indicando que las puertas del Reino de los Cielos, se abren cuando dirigiendo la atención hacia los más altos misterios.

El Diácono llama a los feligreses a escuchar el Credo con estas palabras: “Estemos atentos con sabiduría” El coro recita el Símbolo de la Fe: “Creo.”

El Sacerdote, fuerte en mente y corazón, ante el Santo Altar repite en voz baja el Símbolo de la Fe; mientras mueve el Velo sobre los Santos Dones, hasta llegar a las palabras “Y resucitó al tercer día.” Esto recuerda el temblor que aconteció el día de la Resurrección de Cristo.

Prefacio

EL DIACONO exclama: “Estemos atentos, estemos con temor, para ofrecer la Santa Oblación en paz.” Es decir, que debemos estar como se debe delante de Dios. Con temor y con la audacia de una mente que alaba a Dios con armonía y paz en su corazón, sin la cual es imposible tener a Dios. En contestación a esta súplica, toda la Iglesia ofreciendo el sacrificio de la alabanza con los labios, y la unción del corazón, repite con el coro: “La misericordia de Paz, el sacrificio de alabanza.” Mientras tanto, el Sacerdote quita el Velo que cubre los Santos Dones, lo besa y lo pone a un costado.

El sacerdote, preparándose para celebrar el Sacramento de la Eucaristía, desde el Santuario, envía al pueblo la salutación Apostólica: “la Gracia de Nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios Padre, y la comunión del Espíritu Santo, sea con todos vosotros.” El coro responde: “Y con tu espíritu.” Y el Santuario que antes representaba el pesebre, donde nació Cristo, ahora representa la Pieza Alta en la cual fue celebrada la Santa Cena. El Altar que representaba el Sepulcro, ahora representa la Santa Mesa. El Sacerdote exclama: “Elevemos nuestros corazones.” Y los fieles claman con todo su corazón: “Elevados los tenemos al Señor,” recordando que el Cordero de Dios, viene a ser sacrificado y que la preciosísima Sangre del Señor mismo está lista para ser vertida en el Cáliz. Posteriormente, recordando que el Salvador dio gracias a Dios Padre antes de partir el Pan en la Cena Mística, el Sacerdote exclama:

“Demos gracias al Señor.” El coro, responde: “Es digno y justo adorar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, Trinidad consustancial e indivisible.” Y el Sacerdote ora en secreto el Prefacio rindiendo alabanza, adoración y Gloria a la Santísima Trinidad y concluye en voz alta:

“Cantanado, proclamando y diciendo, exclamad y entonad el himno triunfal.”

El Coro continúa:

“Santo, Santo, Santo, Señor de los ejércitos, el Cielo y la Tierra están llenos de tu Gloria; hosanna en las alturas. Bendito sea el que viene en nombre del Señor, hosanna en las Alturas”

Las tres primeras palabras - “Santo, Santo, Santo” - muestran a la Ssma. Trinidad. Y cuando se dice Señor Sabaoth - se indica su unidad. Con el himno de los Serafines, resonando en el Cielo, Nuestro Rey es recibido por toda la Iglesia, cuando baja invisiblemente del Cielo al Templo, a ofrecerse en sacrificio en el misterio que se aproxima. Con este himno la Iglesia ha unido el que se entonó para recibirle en la tierra; el cántico que entonaron los niños hebreos, cuando el Rey del Cielo hizo Su entrada en Jerusalén y se ofreció en sacrificio: “Hosanna en las alturas, Bendito el que viene en Nombre del Señor.”

Cada persona presente uniéndose a los serafines y a la milicia celestial, entona el cántico triunfal.

El Sacerdote ora en secreto recordando la Santa Cena, y dice en voz alta:

“Tomad y comed, este es Mi Cuerpo sacrificado por vosotros para la remisión de los pecados.” Y posteriormente:

“Bebed de El todos, esta es Mi Sangre del Nuevo Testamento, la cual fue derramada por vosotros y por muchos para la remisión de los pecados.”

Los fieles escuchan estas palabras que salen del santuario, como viniendo de Cristo mismo. Después de éste momento el santuario ya no es la Pieza Alta del Cenáculo, sino el lugar del sacrificio: “El Gólgota.” El Sacerdote orando en voz baja, recuerda el mandato Divino y todo lo que aconteció para nuestra salvación: “La Cruz, el Sepulcro, la Resurrección, la Ascensión al cielo y la Entronización a la diestra del Padre, y además, el segundo retorno glorioso.”

Seguidamente en acto de ofrecimiento, el Diácono eleva el Cáliz y la Patena con los brazos en cruz mientras el Celebrante dice: “Te ofrecemos estos Dones que son Tuyos por todo y por todos.”

Invocación del Espíritu Santo

DESDE EL CORO se eleva este dulce cántico: “Te Alabamos, te bendecimos, te damos gracias Señor, y dirigimos nuestras súplicas a Ti nuestro Dios.”

Mientras el Himno asciende, el Celebrante reza la invocación al Espíritu Santo, para que descienda sobre los Santos Dones que están sobre el Altar.

En el Santuario, el más maravilloso misterio se está realizando: lo que se ha ofrecido en Oblación al Creador se transforma, en forma incruenta, en el propio Sacrificio ofrecido en el Gólgota por el Redentor para la salvación de la humanidad. Los Santos Dones se convierten en verdaderos Cuerpo y Sangre del Señor. En este gran momento, los fieles se prosternan con reverencia, adorando la Sagrada Eucaristía y piden al Señor que los recuerde en su Reino.

Jesucristo el Gran y Eterno Sacerdote ha realizado este sacrificio, que siempre ofrece por intermedio de sus ministros en la tierra.

En el Altar, no está la imagen, ni la apariencia del Cuerpo, sino el mismo Cuerpo del Señor, que sufrió, que fue abofeteado, escupido, crucificado y sepultado que resucitó al tercer día, y ascendió al cielo y está sentado a la diestra del Padre.

El sacerdote ora en voz baja “que el Cuerpo y Sangre presente en el Altar, sirvan a los participantes para la purificación de sus almas, la remisión de sus pecados, la comunión del Espíritu Santo, admisión en el Reino de los Cielos y confianza en el Señor; y no para juicio ni condenación.”

Conmemoraciones

LUEGO PROCEDE a recordar a todos delante de Dios, en presencia de Su Santísimo Cuerpo y Sangre, a toda la Iglesia Militante y en reposo. Desde el Patriarca hasta cada cristiano viviente. Y agrega diciendo en voz alta: “Y especialmente Nuestra Señora Madre de Dios y siempre Virgen María.” El coro canta en su honor un himno de alabanza: “Verdaderamente es digno bendecirte...”

Mientras tanto, el Sacerdote continúa conmemorando a San Juan Bautista, los Apóstoles, los Santos que se recuerdan ese día y a todos los Santos; y ora por todos los que duermen en esperanza de la vida eterna. Enseguida reza por los vivos, empezando con los que tienen autoridad sobre otros, cuyas obligaciones son más difíciles y sus responsabilidades más pesadas. Primero por el Soberano (los gobernantes) y meditando en la prominencia de este llamado y la dificultad de su labor, pide con fervor, que Dios los fortalezca con su poder, que destruya todos los obstáculos del camino hacia la

bienaventuranza, y subyugue bajo sus pies, a todo enemigo y opresor. También ora por el bien de todo el Estado y todas las partes de la estructura gubernamental, para que puedan cumplir con sus sagradas obligaciones: “Que éste Estado se conserve en paz, santidad y honestidad.”

El Celebrante continúa su petición, orando por la preservación de los que están dotados de la más alta dignidad espiritual, consagrados para dirigir la Nave de la Iglesia, y sobre todo por aquellos que deben dispensar fielmente la palabra de la Verdad. Pensando sobre la santidad de su ministerio y cuán grande es dicha responsabilidad, el Sacerdote dice fervorosamente en voz alta:

“Presérvalos para Tu Santa Iglesia, por muchos años, en paz, salvos, dignos, y sanos, y que fielmente dispensen la palabra de Tu Verdad: El coro canta solemnemente: “Y de todos y de todas.” Pidiendo así que Dios recuerde en su Reino a toda la humanidad.

Entretanto, el Sacerdote ora por todas las cosas, comenzando por la ciudad, la Iglesia, y abarcando, con su oración, cada ciudad, tierra, y a todos los fieles que en ella habitan; a los que viajan, a los enfermos, a los que sufren, a los cautivos, a los que hacen buenas obras en la Santa Iglesia, por los que se acuerdan de los pobres; por los que hacen el bien; para que se arraiguen más en él, por los que hacen el mal, para que se arrepientan y vuelvan de todo corazón hacia lo bueno. Ora mencionando el nombre de cada uno que se lo ha encomendado y también por los que se hayan olvidado en su oración.

Los fieles se unen mentalmente a la oración del Celebrante, y cuando el coro concluye diciendo “Amén,” cada uno lo repite en su corazón sabiendo que como la Iglesia es una en el cielo y en la tierra, en el templo debemos estar de acuerdo como hermanos, como un solo cuerpo y un solo espíritu; y como fuimos bautizados en un solo cuerpo y un mismo Espíritu, así nuestra vida debe estar nutrida siempre de espíritu.

Con el saludo que el Sacerdote envía a los fieles, haciéndose partícipes de la misericordia de Dios, terminan las santas oraciones por todos los que forman la Iglesia de Cristo en presencia de Su Stmo. Cuerpo y Sangre.

El Diácono, vuelve frente a las Puertas Reales exhortando a orar por los Santos Dones ofrecidos y santificados, y por todo lo provechoso para nuestra salvación.

Concluida la letanía el Sacerdote exclama: “y haznos dignos Señor, de atrevernos con confianza y sin condenación de llamarte Padre, a Ti oh Dios Celestial y decirte”:

Haznos dignos, oh Soberano, de que confiadamente y sin reproche, nos atrevamos a invocarte a Ti, Dios Padre celestial y a decir:

Padre Nuestro

TODOS LOS FIELES rezan ahora no como siervos con temor, sino como niños inocentes llevados del sentimiento celestial, como el hombre que puede hablar directamente con Dios como a un Padre amante y decirle: “Padre nuestro que estás en los cielos ...”

El Celebrante concluye la oración del Señor con la glorificación a la Santísima Trinidad; porque pidiendo al Padre Celestial favores, se le tributa también reverencia, y pensando en Su Reino, fuerza y gloria, nos afirmamos más en la esperanza que El nos otorgará lo que pedimos, pues está en Su poder y se relaciona con Su gloria.

Después de dar el saludo de paz; el Sacerdote dice: “Inclinad vuestras cabezas al Señor.” Y el coro contesta “A Ti señor.”

El Celebrante pide al Señor que mire a todos los que han inclinado sus cabezas ante El pidiendo que les otorgue su merced, y concluye pronunciando en voz alta la doxología a la Santísima Trinidad, dirigida a la misericordia de Dios.

Preparándose para la comunión y después darla a los fieles, ora en secreto con enorme fervor que Jesucristo nos escuche, nos santifique y nos haga dignos de participar de la Santa Eucaristía.

Fracción del Pan

EL DIÁCONO, que durante el Padre Nuestro ha puesto su Orarion en forma de cruz como un ángel que dobla sus alas y con ellas oculta su rostro ante la Luz inaccesible de Dios, se inclina tres veces y mentalmente dice igual que el sacerdote: “Oh Dios, purifícame a mí pecador y ten misericordia de mí.” Después exclama: “Estemos atentos.” Exhortando a todos los presentes a estar con atención. Del interior del santuario se oye la voz del Sacerdote diciendo: “Las cosas santas (Lo Santo es) para los santos.” Los fieles escuchan con temor estas palabras, que proclaman cuan santos debemos ser para recibir al Señor; y responden con el coro: “Un Santo El único Santo, el único Señor es Jesucristo, en la gloria de Dios Padre, Amén.” Esto indica que sólo Dios es Santo, pero nosotros nos acercamos para ser santificados por Él.

Mientras el coro canta, el Sacerdote divide el Santísimo Pan, rezando en voz baja: “El Cordero de Dios, es partido y dividido, y sin embargo, permanece entero, siempre comido, y nunca consumido, sino que santifica a los que de El participan.”

Seguidamente, vierte un poco de agua caliente en el Santo Cáliz, significando el agua que salió del Costado del Señor, mostrando así, que aunque estaba muerto, Su Santísimo cuerpo no estaba desprovisto de la virtud Divina.

Comunión

EL CORO CANTA el *Kinonikon* (antífona de la Comunión) mientras el clero comulga. Al terminar ésta, se abren las puertas Reales, anunciando con su apertura que el Reino de los Cielos fue abierto y conquistado por Cristo para todos, por medio de Su Pasión y Muerte.

El Diácono, invita a los fieles a compartir la Divina Víctima que se ha inmolado sobre el Altar, dándose en alimento Celestial para la salvación de sus almas, diciendo solemnemente: “Aproximaos con temor de Dios, con fe y amor.” Viendo el Santo Cáliz, recordamos la visión de Cristo resucitado y Su aparición a las gentes para guiarlos a la casa de Su Padre. El coro responde: “El Señor es Dios y se ha revelado a nosotros. Bendito sea el que viene en el nombre del Señor.”

Aspirando hacia Dios con amor fervoroso, se acercan los comulgantes uno después de otro rezando la oración de la comunión: “Creo Señor y confieso que verdaderamente eres el Cristo, Hijo del Dios vivo, que ha venido al mundo a salvar a los pecadores, de los cuales soy yo el primero.”

Cada participante de la Cena Mística recibe por intermedio del sacerdote el Cuerpo y Sangre del Señor. Cristo entra en cada uno como en un Sepulcro, y penetrando en el tesoro de su corazón, pueda resucitar en su espíritu.

Terminada la comunión, el sacerdote bendice diciendo: “Salva Señor a Tu pueblo y bendice Tu heredad.” Concluyendo así que todos, en estos momentos, con pureza han llegado a ser la heredad de Dios.

El Diácono ante el Altar, lo inciensa por última vez diciendo en voz baja: “Seas exaltado, Señor, sobre los cielos y Tu gloria llene la tierra.” Mientras tanto, el coro con voces llenas de gozo espiritual, ferviente y con la iluminación de sus almas, guía a todos a repetir con él el cántico triunfal: “Hemos visto la verdadera Luz, hemos recibido el Espíritu Celestial, hemos encontrado la verdadera Fe, adoremos la indivisible Trinidad que nos ha salvado.”

El Sacerdote aparece ante las Puertas Reales con el Santo Cáliz, recordándonos la Ascensión del Señor, con la cual concluyó Su peregrinación en la tierra, y mentalmente dice: “Bendito sea Dios.” Y en alta voz: “Ahora y siempre, y por todos los siglos de los siglos.” Proclamando que el Señor que ascendió al Cielo permanecerá con nosotros hasta el fin del mundo.

El celebrante coloca la Sagrada Eucaristía sobre la mesa de la Prótesis, que ahora no representa la gruta de la Navidad de Cristo, sino la gloria Celestial donde el Hijo de Dios ascendió después de terminar la dispensación por la salvación de la humanidad.

Acción de Gracias

TODOS LOS FIELES guiados por el coro, unen sus oraciones al himno solemne de agradecimiento, cantando a la omnipotencia y omnipresencia de Dios.

El Diácono ante las puertas Reales, por última vez exhorta a los fieles a la acción de gracias. Y con corazones agradecidos responden: “Señor, ten piedad.”

El Diácono sigue rezando las peticiones a las cuales responde el coro. El Sacerdote dobla el Antimension y haciendo la señal de la cruz sobre éste con el Evangelio, exclama la doxología a la Santísima Trinidad, que como faro luminoso durante todo el desarrollo de la Divina Liturgia, resplandece más brillante aún en las almas esclarecidas. Y esta vez la conclusión es: “Porque Tu eres nuestra santificación y a Ti glorificamos, Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos, Amén.”

La Despedida y Bendición Final

EL SACERDOTE despide al pueblo con la paz; y luego de orar al Señor pidiendo el bienestar de toda la Iglesia de Cristo, bendice a los fieles a fin de que sigan el sendero de la virtud, y así alcanzar la vida eterna, para lo cual pide la misericordia de Dios sobre ellos por la intercesión de la Santísima Virgen y de todos los Santos.